

el ministerio Troya, Uberti, Dragonetti, Vignali, Ferretti, Giudice é Imbriani, nombrado por S. M. despues de continuas y sérias vacilaciones.

Aumentaba la confusion de Nápoles el hervor bélico contra el Austria, que se transmitia en el pecho de todos los italianos. La juventud corria presurosa á alistarse bajo las banderas destinadas á ser enseña de una guerra que la imaginacion de los poetas habia cubierto de rosas y palmas.

Entre las proclamas que llamaban á las armas á los hijos del napolitano reino merece especial mencion la de una mujer que aspiró á destacarse como á singular figura en el drama de la independéncia. Hablamos de la romántica princesa *Cristina Trivulzio Belgiojoso*.

«De Norte á Sur, decia, donde quiera que en Italia hubiere un hombre de pié habrá un soldado dispuesto; donde hubiere sitio para un fusil, ¡que haya agujero para una bala!

«El austriaco, perseguido por todas partes en la antigua Ausonia por los hijos de la regeneracion, no deberá oír, al acercarse, sino el rebato que resuena de campanario en campanario. Si se aparta, ¡que lo acogoten! si avanza, ¡que lo ametrallen! si ceja, ¡que lo degüellen!

«Exterminio sin réplica á cualquiera hora y á cualquier instante: la muerte delante de él, la muerte á sus costados, y detrás de él la muerte: aquí, allí, mas allá, en todas partes, ¡nada mas que la muerte! siempre la muerte!

«De todos los montes y matorrales, de todos los edificios y encrucijadas, de todos los altos y barrancos, ¡que se vean centellear fusilazos al acercarse el hórrido tudesco! Un círculo móvil de llamas deberá envolverlo y rodearlo como al réprobo del Dante. ¡El minado suelo no deberá responder al ruido de sus pasos sino por el estruendo de las detonaciones!

«¡Hermanos! ninguna piedad con él. ¡Que el tronco de cada árbol le oculte un centinela en faccion! ¡que la cima de cada roca le descubra un tirador misterioso! ¡Que cada voz, en fin, de la naturaleza, como un trueno invisible, no tenga ante él sino una palabra y un grito: ¡Fuego!»

En el entre tanto Palermo iba preparando el golpe revolucionario supremo. La Constitucion de febrero no satisfizo las pasiones populares, ó mejor, no se adaptaba á los planes de los explotadores de la Sicilia; el grito de los sicilianos: *No queremos una corte democrática á la francesa, sino una constitucion aristocrática á la inglesa*, explica muchas cosas en pocas palabras; esta concision rasgó el velo de innumerables misterios. Demasiado clara se veia allí la mano de lord Minto, á quien Fernando II habia confiado la mision delicada de preparar la reconciliacion de la Sicilia con su trono.

Lord Minto trabajó *pro domo sua*. La candidez de Fernando fue en este asunto á todas luces excesiva.

Las Cámaras sicilianas en una sesion borrascosa declararon destronado para siempre á Fernando; juraron que no volveria jamás á reinar sobre aquella isla.

Dieron á su provisional Gobierno el cometido difícil de buscar un nuevo rey, que no pudieron encontrar, á pesar de haber ofrecido el cetro al hijo del duque de Toscana, al duque de Lenchttemberg, al duque de Burdeos, al príncipe de Joinville y á otros.

En esto llegó para Nápoles el dia de las elecciones. Á los moderados de espíritu y realistas de conviccion no les quedó otro partido que abstenerse. Los

de avanzadas ideas plantearon el régimen del terror, á fin de dominar por el miedo. Los rojos colgaban cráneos de difuntos, sacados de los sepulcros; en las puertas de las casas rivales como presagio de la suerte que les esperaba si se oponian á los deseos de los clubs.

La autoridad no tenia accion ni influencia ninguna; el pueblo extendia el horizonte de sus pretensiones hasta lo infinito. Daba ya por quebrado el cetro de Fernando, daba por pisoteada su corona; el trono no le infundia respeto ni miedo. Empero ni la caida del Rey, ni la proclamacion de la república formaban ya su ideal. El progreso habia sido rápido.

Las tendencias hácia el comunismo se expresaban sin embozo. Los trabajadores celebraban el próximo advenimiento á sus manos del lote de capital que les correspondia.

La prensa sostenia la realizacion de las mas descabelladas utopias sociales.

Los ricos, los nobles, los sacerdotes, los distinguidos en las artes ó en la ciencia eran objeto del ludibrio popular; las masas inconscientes pretendian rebajar la talla humana al nivel de la ignorancia y de la estupidez.

La reunion de las Cámaras, fijada para el 15 de mayo, era objeto de temor para todas las personas de orden. Y no sin fundamento.

La primera cuestion que se suscitó fue la del juramento á la Constitucion del país. Los diputados se negaron á prestarlo, resolviendo en sentido negativo la pregunta siguiente: *¿El poder ejecutivo tiene derecho á exigir del poder legislativo el que jure?*

De modo que en el fondo la Cámara se declaró constituyente. El Rey no quiso aprobar la decision de la Asamblea.

Las nubes se amontonaron rápidamente en la atmósfera política, la tempestad estaba próxima; propalóse la voz de: «El Rey nos hace traicion;» los clubs se arrojaron á la calle, y el valeroso Fernando empezó á temer ante la perspectiva de una lucha.

Entabláronse continuas comunicaciones entre el Monarca y los diputados, el primero transigiendo siempre, los segundos irguiendo la frente á medida que el Rey la inclinaba.

El Dr. Lanza, otro de los diputados enérgicos, contestó á Dupont, que notificaba á los convocados que el Rey convenia en esta proposicion: *Los diputados jurarán la ley fundamental reservándose el derecho de modificarla*, «Ciudadano, el Rey no es mas que un hombre, y nosotros representamos á seis millones de patriotas; retiraos, nosotros resolverémos.»

En el entre tanto el pueblo habia empezado á levantar fuertes barricadas en los puntos estratégicos de la ciudad; si algun personaje distinguido se atrevia á aparecer en la calle, era detenido y ultrajado: así le aconteció al príncipe de San Giacomo; rodeado de una turba de infames que le atropellaban, díjoles: «Dejadme pasar, pertenezco á la Cámara de los pares, y llevo un encargo para el Rey.»

—Ya no hay Rey, exclama uno de los amotinados, mientras otros arrojanle del coche le obligan á trabajar en la construccion de una barricada. Evadido á favor de las tinieblas, se dirige á palacio, y se presenta al Rey pálido, trémulo, empolvado.

«¡Gran Dios! le dice el Monarca. ¿Qué os ha acontecido?

—Señor, contestó, la ciudad está en completa insurreccion. En todas par-

tes hay barricadas. Yo me encontraba en París cuando la revolución de 1830, y puedo asegurar á V. M. que la de hoy es una copia exacta de aquella. Es preciso una enérgica defensa.

—¿Cómo? ¿Me aconsejais que mande hacer fuego á los insurrectos?... No, jamás.»

El general Ischitella, al oír la repugnancia del Rey, con un movimiento de desesperación arrojó al suelo su sombrero exclamando:

«Pues señor, adios corona, ya no tenemos Rey.»

Fernando II agotaba todos los recursos de transacción; se esforzaba en abrir á los insurrectos caminos de honroso retorno. ¡Todo en vano!

Fernando II se había rodeado de los altos funcionarios del Estado, tenía cerca de sí al síndico de Nápoles Antonio Noya, y al coronel de la guardia nacional Letizia.

«¿Pues qué quieren los facciosos? les dijo con voz firme; he accedido á todas las peticiones; he suprimido la fórmula del juramento: ¿qué más quieren?»

—Nada, señor: solo gracias deberian daros.

—¡Pues bien! Si así es, ¿por qué están aun en pié las barricadas? ¿por qué las reuniones son más numerosas que nunca? ¿Querrán que la sangre corra?»

—Señor, ¿quién puede comprenderlos?...

—Id á verlos de mi parte. Exigid que se quiten las barricadas, que se dispersen los grupos; hablad y obrad en mi nombre; aseguradles el olvido y la indulgencia.»

Aquellos fieles servidores cumplieron las órdenes del Rey; empero sus gestiones fueron infructuosas: el Monarca carecía ya de influencia en las masas. La voz del trono era para ellos la de la tiranía; solo pretendía oír los mandatos de la reina que se levantaba sobre ellos con el embelesante nombre de la libertad.

La revolución tenía su Consejo supremo; aunque todavía no estaban constituidas las Cámaras, deliberaban los diputados. Existía de hecho un poder frente á frente del poder.

Ricciardi proponía se intimara al Rey la entrega de los fuertes de Nápoles á la guardia nacional y la disolución de la guardia real ó su inmediata salida para la Lombardía. Estas pretensiones, á pesar de ser exorbitantes, no parecieron suficientes á los más rojos: «No basta esto, exclamaron; el pueblo necesita la abdicación del Rey y el alejamiento de las tropas á cuarenta millas de la capital.»

Las Cámaras en embrion aprobaron la segunda parte, y los diputados Imbrianni, Capitalli, Pica y Poerio fueron á palacio para comunicarlo al Monarca.

El Rey vaciló y cedió.

La monarquía hubiera caído indefectiblemente aquella noche á no haber intervenido la divina Providencia.

Las tropas iban á recibir la orden de retirarse, cuando un tiro salido de los insurrectos mató algunos soldados; el honor militar herido no guardó consideraciones. El ejército empezó á batirse por su propio impulso. La lucha se trabó en todas las calles.

Fernando II se hallaba rodeado entonces de mediadores, que cínicamente trazaban sus planes, dando por supuesta la ruina del trono.

«Si no dais al punto la Constituyente, le decía el diputado Barbarisi á Fernando II, ¡ay del cadalso de Luis XVI!»

El ministro Conforti, recorriendo el palacio, abría el balcón del tercer piso y decía: «Esta parte me conviene.»

El ministro Scialoja, al pasar por los grandes aposentos del segundo piso, profería atrevidamente estas palabras: «Yo dormiré aquí á la noche.»

El duque de Rivas, á la sazón embajador de España en Nápoles, recordando que la reina madre era infanta de España, creyó deber ponerse al lado del Rey en aquel lance crítico; en medio del fragor de la artillería sube á su coche y se dirige á palacio. Los bullangueros le detienen. «Es el coche del Embajador de España,» les dice el criado.

—Ya no hay embajadores, le contestan.

—Soy el duque de Rivas, dice el Embajador.

—Ya no hay duques, replican.

El Duque se retira á su casa, y convoca en ella el cuerpo diplomático; todos los embajadores acuden, menos el de Austria, que se había retirado á causa del atropello pocos días antes inferido al escudo de armas de su nación, y el nuncio pontificio, que se hallaba sitiado en su morada.

Los representantes de las naciones marchan á pié á palacio, y venciendo mil dificultades llegan á la estancia del Rey.

«Señor, le dijo el duque de Rivas, en nombre de todas las potencias que representa el cuerpo diplomático, vengo á ofrecer á V. M. la fuerza moral de que estamos investidos. Cuente V. M. con nuestra ayuda y con el rendimiento que os debemos.»

—Gracias, señores, contestó el Monarca; esperaba esto de vosotros y de vuestros Gobiernos; sois testigos de que me veo forzado á recurrir á la fuerza de las armas.

—Señor, interrumpió el duque de Rivas, estais plenamente en vuestro derecho; nada más generoso que vuestros sentimientos, nada más justo que vuestra causa.

—Duque de Rivas, prosiguió S. M., sabe el cielo que cuanto hoy sucede me desgarran el alma. Os juro que todo es contra mi voluntad. Solo Dios puede medir toda la profundidad de mi dolor.

El Rey estaba visiblemente conmovido.

Durante este diálogo entra precipitadamente un oficial superior en el régio aposento.

«Señor, dice jadeando; permitid á vuestros fieles soldados apoderarse de la casa del Ministerio, que por estar en medio de la calle de Toledo les es necesaria para el ataque y para la defensa.»

—Eso toca al ministerio de la Guerra, responde el Monarca; id á entenderos con él.

—Señor, esto sería otro retardo. ¡Por Dios! vuestra orden! el tiempo urge: es preciso acabar con esa canalla...

—Mirad lo que hablais, caballero, responde el Rey; hay entre nosotros napolitanos extraviados; no hay *canalla*.»

Observación digna de un verdadero y generoso padre del pueblo.

Los insurrectos empezaban á vislumbrar la más completa derrota; algunos grupos envían á tantear el ánimo del Rey y á informarse si estaba dispuesto á la clemencia.

«Sí, les dice el Rey; habrá clemencia, empero despues de la victoria.»

El emisario se presenta al club y dice: «Diputados, la lucha prosigue en las calles, urge terminarla; el Rey quiere...»

—El Rey no tiene derecho de querer nada, exclama una voz estentórea.

—No mas trono, ¡abajo los Borbones! grita Musolino, y señalando á Romeo continúa: Solo la república puede salvar á la patria, y hé ahí al hombre que la patria necesita.

—No nos precipitemos, gritan muchos; no es todavía hora.»

Los caudillos de la insurreccion enviaban uno tras otro á sus agentes anunciando felices nuevas.

«Las gentes de Nápoles y de sus alrededores, decia uno, se levantan en masa contra el Rey.»

Otro llegaba diciendo: «Los franceses acaban de desembarcar para sostener la causa de la revolucion.»

Y el de mas allá llegaba con el parte de que Fernando habia tomado la fuga.

La Cecilia y Ricciardi estaban furiosos de alegría.

La Cámara habia nombrado una Junta de *salvacion pública*, compuesta de Lanza, Topati, Giardini, Belleli y Petrucelli.

Esta Junta para salvar la patria acordó proclamar la república.

El entusiasmo duró poco; el ejército, vencedor en toda la línea, invadió por los cuatro lados el edificio donde deliberaban los rebeldes; al grito de *¡Viva el Rey!* penetra en la sala de sesiones un oficial del general Nunziante, diciéndoles: «Señores, el Rey me envia para proteger vuestras personas; habeis perdido vuestra causa; empero no la clemencia del Rey, cuyo destronamiento acabais de decretar.»

Algunos diputados espontáneamente exclamaron: *¡Viva el Rey!*

Fernando II se manifestó parco despues de la victoria; licenció la guardia nacional y disolvió la Asamblea, declarándose al mismo tiempo decidido á conservar la Constitución que habia otorgado á su pueblo.

La insurreccion ensayó entonces encender la guerra civil; empero su causa no podia ya ganarse.

No iban tan velozmente los sucesos de Sicilia. Los representantes del pueblo discutian con calma la ley fundamental, que quedó redondeada en agosto del mismo año 1848; la eleccion del monarca, que recayó en Alberto Amadeo, duque de Génova, hijo de Carlos Alberto, fue la digna corona de aquel edificio, y decimos digna corona, pues recayó en un hijo de la casa que acababa de ser completamente derrotada en Custoza.

El ejército de Fernando, victorioso en Nápoles, fue enviado á Sicilia; Messina se rindió despues de heroica resistencia: de derrota en derrota los revolucionarios llegaron á la definitiva. Fernando II volvió á reinar sobre sus antiguos súbditos.

Tal era en resúmen la situacion de Nápoles en aquellos dias.

Ni la fuerza del derecho, ni el derecho de la fuerza apoyaban la obra revolucionaria; la causa de Roma insurrecta iba desacreditándose cada dia mas.

MÓDENA, PARMA, LUCA.

No nos proponemos detallar la situacion de los demás ducados italianos; en la historia de estos se reprodujeron en sustancia, bien que en menor es-

cala, iguales escenas que en el Piamonte, Toscana y Nápoles. Los acontecimientos eran cortados segun el mismo molde, procedian del mismo origen, é iban á idéntico fin.

Carlos II, duque de Parma, abandonó forzosamente sus Estados despues de haber dado una Constitución á su pueblo, de haber organizado la guardia nacional, y de haber sido con entusiasmo victoreado; al expatriarse, los que le habian concedido el dictado de Redentor de Parma le detienen en mitad del camino, le ultrajan, le atan, y como si fuera un malhechor le conducen á Cremona.

Parma fue regida por un Comité de salvacion pública, hasta que la derrota de Novara provocó la restauracion.

Módena y Luca se agitaron y sucumbieron.

Hasta Mónaco proclamó su Constitución liberal.

En fin, la Italia entera hirvió, se agitó, se levantó contra el imperio que la dominaba; empero sus fuerzas no eran correspondientes á su decision, y los poderosos elementos que poseia para dar el triunfo á la unidad fueron adulterados y corrompidos por ideas menos dignas.

VENEZIA.

Cuando se trató sériamente de la intervencion europea en la Roma insubordinada, la revolucion no luchaba ya sériamente sino en Venecia.

En marzo de 1848, á pretexto del encarcelamiento de Manin y Tomaseo, los venecianos se alzaron contra el Gobierno austriaco. Los presos recobraron á la fuerza la libertad, y paseados en triunfo, recibieron la ovacion mas cumplida. El pueblo pidió con decision las armas, y las autoridades civiles accedieron á los votos populares.

Los soldados del emperador fueron rechazados, y proclamada la república, que tres grandes fuerzas sostenian y alentaban, á saber, una inmensa muchedumbre de venecianos, los derrotados de las diversas regiones de Italia, y la insidiosa diplomacia franco-ánglica.

Venecia creia y esperaba en la libertad, y recordando su gloriosa historia, encontraba en sus antecedentes la inspiracion y el valor. Empero su causa no podia ganarse. La Italia carecia de disciplina, y tenia que luchar contra la irresistible organizacion del Austria.

Además, debajo los pliegues de la bandera italiana se acogieron los malvados de todos los países: ellos torcieron el sendero que Pio IX habia trazado recto para llegar á lo que justamente reclamaba la dignidad y el honor de la patria; ellos atemorizaron á los hombres de delicada conciencia que sentian profundas simpatías por el engrandecimiento nacional, sin que por esto el santo amor patrio bastara para hacerles faltar á las prescripciones del deber y á las leyes de la cristiana moral; la causa italiana se perdió por ellos.